

mediante actitudes, una selva fugaz, los brazos lúbricos de unos indios, la mínima revolución local, sin fusiles, con árboles desgajados y hombres en calzoncillos, la silueta fantasmal del pueblo que muere y desaparece, pero que renace en las celdillas de la evocación, haciendo posible su existencia, más bella que la propia realidad.

Y como final de ruta, los caminos, la tristeza de no encontrar a nadie, de no hallarse a sí mismo, arrastrando la inquietud visceral, la sensualidad atizada por los recuerdos. Esta novela mereció una mención honrosa en el Concurso Hispanoamericano de Novela, auspiciado por Editora Zig-Zag.

El autor del prólogo, Filebo, dice que Rodrigo Quijada y Rodrigo Baño han "creado un monstruo novedoso".

Ahora bien, ese monstruo se mueve con desenvoltura. Incluso cuando, de reojo, mira a sus fabricantes.

¡Que semejante audacia sea un catalizador en la novelística chilena!

La obra termina con un delicado contrapunto de captaciones realistas y líricas. Como si estuviera desarrollándose el embrión de la gran novela americana.

En primer lugar el paisaje geográfico: "Estamos en abril de un año pesoso y en ese lugar perdido por la selva muchos hombres retoman sus tareas, y desde el cementerio, el más pequeño de la tierra, la porción infinitesimal de un cerebro sufre todavía con la rémora seca de un golpe terrible de dinamita pura".

Y como estremecimiento lírico, el vuelo, apenas dibujado, que hila sus telas en la sensibilidad de una hembra: "Abril entonces para la Rosa, abril para su agonía que rebasa esa ciudad en gris, abril para ese niño que se llueve por dentro".

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At417-71TRVM10071>

*La tierra no es redonda*, de JOSÉ M. NAVASAL. Editorial Zig-Zag. Santiago, 1967.

En nuestra época ha proliferado la novela de temas incógnitos, de situaciones angustiosas. Podría decirse que gran parte de sus autores desembocan en el nombre de la inglesa Agatha Christie, antaño jovencita que llegó a París dispuesta a estudiar canto. Pero singulares apuestas la llevaron a escribir la gran aventura que dio nacimiento al detective Hércules Poirot, trizando las normas clásicas del relato espeluznante.

Quizás haya razones que fundamentan su auge y difusión, incluso entre los individuos sensatos que gustan internarse por los vericuetos del honor, entre premisas de incalculable sutileza y fragilidad.

El honrado ciudadano ha imaginado siempre situaciones problemáticas, nudos vitales cuya irradiación era conveniente diluir en paramentos estilísticos. En los umbrales de la realidad se abre la incitación de las zonas obscu-

ras. Viven los hombres la aventura y el misterio. Al principio de manera primaria. Después en términos complicados, sobre todo cuando un buen escritor les sale al paso para alimentar sus anhelos de un vivir angustioso.

En la novela de inspiración policíaca, y *La tierra no es redonda* es una de ellas, suelen deambular detectives que tienen una fantasía casi glacial. Otros practican la técnica del científico, como esos antropólogos que saben reconstruir un cuerpo, partiendo de un solo hueso. Finalmente, algunos de esos policías son personas de escasa fantasía, dejan los relatos abiertos, proponen que los lectores completen los datos y anuden los posibles nexos. De todo hay en la viña del Señor.

Se dice que la novela policial tiene mucho de tejido visto al revés. En apariencia, la trama fue bien dispuesta, pero algunos hilillos sueltos permiten la feliz reconstrucción del hecho. La justicia está ahí, para dictaminar y entregar su veredicto. Cuando todo ha terminado, se abren las puertas, a veces muy amplias, de la duda, inestable equilibrio de la inteligencia, palmetazo que se brinda a las sensibilidades de los honrados lectores. Sigue el misterio, las verdades danzan en la cuerda floja de la injusticia. Porque el detective necesita nuevos casos.

José M. Navasal ha escrito una novela de contextura sencilla. Como frontis de su libro anota: "Los procedimientos de investigación corresponden a un tiempo irremediabilmente ido en que el autor era, además de joven, reportero de noticias policiales".

Y como muy directa motivación, las palabras de Juan: "Le dijo Pilatos: ¿Qué es la verdad?".

En efecto, toda novela de esa índole tiene una finalidad concreta: establecer la verdad, conocer los caminos que nos conducen hasta sus claridades y abismos. Ahora bien, durante el trayecto, en las líneas rectas y en los varios recodos del avance, se yerguen florecillas, acaso de conocida simetría o de inéditos perfumes. Vale en estos libros la decoración, los diversos elementos ancilares, el rasgo de ingenio, lo insólito. Cuando se progresa "por sus pasos contados", desaparecen el misterio y encanto, la soberana sorpresa.

Expone José M. Navasal un caso, tal vez frecuente. Un asalto durante momentos de fuga erótica. El robo, la muerte, la falta de pistas seguras. Pero el autor tiene el buen criterio de no enredar la madeja. ¿Para qué, si todo es claro como el agua? Siguen las notas de suspenso, la posibilidad dual, la pintura de caracteres, el recuento de las vidas. Y se adelantan pillos y truhanes, golfillos, compradores de objetos robados, los métodos arcaicos de investigación que se practicaron en las salas de las comisarías, la rápida visión de los bajos fondos, la proyección a contraluz de la cárcel. Toda una serie de elementos que se conjugan con cierta facilidad. Y la investigación continúa, llevada por un periodista, adivinada por unas mujeres, vivida de manera diferente por una de las heroínas y por otras personas que completan el retablo humano.

El desenlace se produce con la celeridad de un relámpago. La casualidad actúa en primer plano. Unas frases, ciertas informaciones y he ahí que el

culpable cae en su propia limitación. La verdad ha sido deslindada. Termina la novela. Fue necesario leerla de un solo intento. Pocos libros reúnen semejante atractivo. Posiblemente el género policial tiene esa virtud. Incluso en los casos de una recreación a la antigua, referida a los tiempos en que su autor era reportero de noticias policiales.

¿Qué tiene, sin embargo, esta novela que la hace tan interesante?

El autor, sin realzar en exceso ciertos valores novelescos, ha fundido situaciones del oficio periodístico, la técnica y sentido de los diarios modernos y unos adarmes de la psicología del periodista clásico y del hombre que ha surgido de las escuelas de periodismo.

En pocas líneas, si bien distribuidas con acierto, se ha captado lo esencial de las salas de redacción y del fervoroso movimiento de las rotativas. Se habla, incluso, de las características de la denominada vocación. El protagonista deja una posible carrera universitaria para elegir otra que le proporcionará dolores de cabeza y alguna satisfacción esencial, no sólo vinculada al hecho de ver su nombre "en letras de molde", sino que tiene mucho de adivinación y de arte.

La fluencia del tema, casi en línea recta, no tiene zonas oscuras, ni suscita problemas enrevesados. Las piezas se ajustan con precisión. Decir que la "tierra no es redonda", equivale a suponer que la verdad se nos escapa, que los cristales en donde la vida de los hombres se refleja puede tener aberraciones. Y así es, en realidad, aunque la lógica sencilla se adelante para decir o suponer que los cabos de la trama fueron anudados por el consenso de la gente.

He ahí una obra, tal vez obtenida de la realidad. Sin muchos aditamentos. Motivación corta, pero ensanchada en virtud de la habilidad del escritor.

José M. Navasal, durante varios años, se dedicó a escribir reportajes de amplia base documental, sintetizados con garbo periodístico. Ahora, en su nueva actitud de novelista, ha procedido a la inversa. Partiendo de un tema muy concreto y unitario, un crimen y el atractivo de una jovencita casquivana, ha prolongado sus ecos, hasta llevarlos por los caminos de las salas de redacción, de los bajos fondos, de los reducidos y de las páginas de un diario, en donde la crónica, historia efímera de las últimas veinticuatro horas, adquiere permanencia, gracias a la configuración de esa verdad incontrovertible que da prestancia a la buena novela de corte policíaco.

Leves intentos de esta clase de obras se han hecho en Chile. Ya está desbrozado el camino. Con sencillez, como demostrando que los intrínquilis no necesitan de situaciones incomprensibles, sino que se levantan cuando se les inyecta la normalidad de un vivir que, a veces, tiene sobresaltos.